

En 1960, y en base a un cambio en la estrategia energética de Norteamérica, se produce una importante baja en los precios de los crudos. Tal hecho cristaliza la ofensiva de los países productores. En la foto, muelle y bahía de Kuwait.

# LOS MISTERIOS DEL PETROLEO.

**A** UN hoy, el ciudadano medio continúa sin aclararse con el asunto del petróleo. Lo que sí percibe de forma clara son sus efectos. El pulpo de los precios cerca hoy por todas partes al ciudadano. Pero la crisis del petróleo no se resume en el impacto sobre el nivel existencial de los individuos. En la medida en que se desarrolla y despliega, sus complejos efectos van poniendo a la luz el mensaje más profundo que contiene: 1973 va a significar en la historia del desarrollo capitalista de la segunda mitad de nuestro siglo un punto de ruptura, va a cerrar una fase de desarrollo ondulado y va a abrir otra de desarrollo convulsivo, de imprevisibles consecuencias a todos los niveles. Mil novecientos setenta y cuatro es el primer año de la nueva fase, y lo está demostrando día a día.

Por ello, resulta de interés intentar hacer la historia de la crisis ya, tratar de rastrear y ordenar el nudo de factores que la desencadenó. Para nosotros, en tal nudo se entrelazan tres grupos de intereses convergentes: a) los del mundo árabe y, en particular, los regímenes más reaccionarios del mismo; b) los del «cartel» internacional del petróleo; c) los de Estados Unidos, en

tanto potencia capitalista hegemónica.

Tratemos de desliar ese nudo de intereses. Y anticipemos ya que el cuello que amenaza ahogar es el de Europa Occidental.

## El mundo árabe y el alza de precios

Desde sus respectivos nacimientos, los regímenes más progresistas del mundo árabe —Egipto, Irak, Siria, Argelia— se han enfrentado con una serie de contradicciones encadenadas por la presencia de un Estado judío en Israel: 1) Necesidad de una guerra revolucionaria de carácter popular, por el estilo de la de Vietnam, como única vía eficaz para combatir a Israel. 2) Imposibilidad de aplicar dicho tipo de guerra, dado que la movilización de masas que comporta hubiera puesto en peligro las estructuras burocráticas y pequeño-burguesas de dichos regímenes. 3) La imposibilidad, por otra parte, de ignorar al pueblo palestino expoliado, revulsivo constante del pueblo árabe, al que ningún Gobierno puede volver la espalda sin poner en peligro su continuidad. 4) La guerra, como única solu-

ción del problema palestino, dada la intransigencia imperialista de Israel. 5) La guerra nacional, basada en ejércitos regulares, y que orillaba la peligrosa medida de armar al pueblo, es decir, la única alternativa a la guerra revolucionaria exigía el compromiso con las monarquías árabes reaccionarias, a fin de conseguir la acumulación de fuerzas indispensables y, sobre todo, para poder utilizar el arma del petróleo. 6) Pero tal compromiso con las monarquías árabes implicaba el reconocimiento de las mismas, es decir, su consolidación política, y tal resultado era contrario al programa nacionalista revolucionario, que constituye la legitimación histórica de los regímenes en cuestión.

Nasser se enfrentó a ese cúmulo de contradicciones, ensayando una estrategia que tenía como base principal su capital carismático: optó por la guerra nacional, pero pasando por la liquidación previa de las monarquías árabes reaccionarias.

Tal intento estaba condenado al fracaso, en virtud de las condiciones objetivas existentes: la presencia de los intereses imperialistas occidentales, para los que las monarquías árabes constituían los principales enclaves de su domi-

nación en el Medio Oriente después de Israel. La derrota de 1967 certificaba, a la vez, el fracaso de la estrategia nasserista y el de la guerra nacional como vía de lucha contra Israel.

Quemadas las posibilidades de unificar revolucionariamente el mundo árabe, y descartada siempre la alternativa de la guerra popular, la única alternativa viable para Egipto consistía en apurar las posibilidades existentes, o sea, pactar abiertamente con los regímenes monárquicos, tanto más cuanto que la pérdida del Sinaí hacía inevitable otra guerra. En el mismo año de 1967, Arabia Saudita y Egipto alinean sus políticas, y la Cumbre Islámica de Rabat, patrocinada por Feisal y Hassan II, marcaría dos años más tarde una de las cotas más altas de degradación en las aspiraciones de la revolución nacionalista árabe.

Tal sería la situación heredada por Sadat. Si Nasser se había enfrentado a las contradicciones desde una posición carismática, con notables bazas en su haber de caudillo (nacionalización del canal de Suez, líder del Tercer Mundo, etcétera) y una opción que gastar, Sadat se enfrentaba a una situación degradada, con reducidísimas alternativas y sin caris-

# LOS MISTERIOS DEL PETROLEO

ma. Su estrategia tenía que ser, por la fuerza de los hechos, pedestre y oportunista. Mientras pudo, aguantó la situación, fiado a un milagroso arreglo de la cuestión por vía diplomática. Cuando la situación se estancó y comenzó a roer su situación política personal, sólo le quedaban tres salidas: la dimisión, el derrocamiento o la guerra. Decidida la carta de la guerra, se planteaba el problema de qué clase de guerra hacer. Y, como correspondía a las condiciones, Sadat planeó una guerra mínima. Se trataba de lograr la dosis de guerra indispensable para relanzar diplomáticamente la querrela con Israel y llegar a una solución negociada. Tal fue la mínima estrategia de Sadat.

En las dramáticas condiciones en que acabó la ofensiva egipcia, de poco iba a servir a la causa árabe la entrada en escena del petróleo, arma secreta que redondeaba la miniestrategia de Sadat, previamente pactada con Feisal. Por el contrario, el principal resultado de su utilización habría de ser una trascendente implicación en la correlación de fuerzas del mundo árabe: el corrimiento de su eje político hacia la Arabia Saudita. Tal ha sido el regresivo desenlace de la última guerra árabe-israelí y la crisis del petróleo encadenada a ella: una casi hegemonía del régimen más reaccionario del mundo árabe en el área de Oriente Medio. No cabía concebir una involución más desastrosa de la primitiva estrategia de Nasser.

Para el régimen de la Arabia Saudita, el aumento del precio del petróleo no significa, en último análisis, ni una ayuda a la causa árabe, ni una lanza a disposición del Tercer Mundo, ni siquiera un campo de maniobra desde el que intentar la industrialización aprovechando las rivalidades intercapitalistas. Significa, sobre todo y por encima de todo, su consolidación y, lo que es más grave, la asunción del papel directivo en la zona.

Tal desenlace de la última guerra árabe-israelí no puede por menos que producir alarma en los medios más progresistas del mundo árabe. Las siguientes palabras del periodista Hassen Zenati son significativas al respecto: «El nuevo papel que se ha asignado Feisal suscita una gran inquietud en todo el Próximo Oriente» (Revista «Afrique, Asie», número 45, diciembre de 1973).

Si algún presupuesto estratégico hay seguro en la lucha contra el imperialismo, ese es el de la regresividad de toda acción que conduzca a un fortalecimiento de los regímenes políticos reaccionarios en el mundo subdesarrollado. Del Irán puede decirse algo parecido a lo que se ha dicho

respecto a la Arabia Saudita. Gracias a la endeble estrategia egipcia, ambos regímenes se disputan hoy la hegemonía del golfo Pérsico.

## El «cartel» internacional

Desde que el coronel Drake descubrió el 25 de agosto de 1859 el primer yacimiento de petróleo en Titusville, Estado de Pensilvania (USA), hasta el 17 de septiembre de 1928, fecha en que los tres grandes del petróleo de entonces —la Standard Oil, de New Jersey; la Royal Dutch-Shell y la Anglo-Iranian— firman el acuerdo de Achnacarry, en el castillo escocés del mismo nombre, la rivalidad más despiadada había sido la característica dominante en el mun-

do de una estrategia defensiva a otra de carácter ofensivo por parte de los países productores: en 1951 tiene lugar la importante iniciativa del Irán de nacionalizar la Anglo-Iranian Oil Co., en los años de esa década aparecen en la escena del petróleo nacionalistas de la talla de Mossadegh, en Irán; de Tariqui, como ministro del Petróleo de Arabia Saudita (ambos neutralizados por el imperialismo americano en 1954 y 1962, respectivamente); de Pérez Alonso, en Venezuela; tienen lugar la Conferencia de Bandung, la nacionalización del canal de Suez, la derrota de la intervención anglo-francesa en Oriente Medio, el despertar de gran número de colonias a la independencia política, hechos todos ellos catalizadores de una actitud anti-imperialista y de las aspiraciones

XXI Conferencia, celebrada en Caracas, en la que traza su programa de demandas frente a las compañías petroleras. Dicho programa fue discutido en las decisivas conferencias de Teherán (del 15 de febrero de 1971) y de Trípoli (del 20 de marzo de 1971) con el «cartel» internacional del petróleo. Los resultados supondrían la primera gran victoria para los países productores: al fin habían roto el «dominio» reservado y sacrosanto que las compañías detentaban sobre los precios desde 1928.

## Alianza tácita entre compañías petroleras y países productores

¿Había que deducir de las conquistas de los países productores en el terreno de los precios una quiebra del poder mundial del «cartel» del petróleo? En modo alguno. Primero, porque la estructura imperialista del «cartel» no puede quebrar en tanto conserve el control sobre las salidas del petróleo, o vías de comercialización, sobre la tecnología y sobre el capital. Segundo, porque las alzas de los crudos las repercute cómodamente sobre los precios de venta del refinado, incluso las aprovecha para imponer alzas no proporcionales. Tercero, y muy fundamental, porque la estrategia del «cartel» internacional del petróleo, articulada a la estrategia imperialista de Norteamérica, no iba —como demostraremos más adelante— a contracorriente del alza de precios a partir de 1970, sino cabalgando sobre su marea y espoleándola.

Si miramos la cuestión desde el ángulo de visión de los países productores, se ve claro también que éstos comienzan a vislumbrar una convergencia de intereses con las compañías petroleras a partir del momento en que la subida de precios entra en la estrategia de éstas. Un observador cualificado como es Jean-Jacques Berreby detectó ya esa confluencia a la terminación de la Conferencia de Nueva York de 1972. «Los países productores —dirá— han sacado varias conclusiones de esta conferencia... las grandes compañías pueden convertirse en fieles "partenaires", incluso en unos aliados contra los consumidores, a condición de dejarles un margen de beneficios suficiente». En otro lugar, dicho autor prefigura en los siguientes términos lo que sería la clave de la crisis de 1973: «Los europeos, en particular, pueden temer la alianza de las compañías americanas y de los países árabes» («Revue Française de Science Politique», diciembre de 1972). Si bien



El petróleo es la principal y casi exclusiva fuente de riqueza de los países del Oriente Medio, cuyos Bancos rebosan de los llamados «arabodólares».

do del petróleo. A partir de la segunda de las fechas, esa característica se invierte, y el «cartel» internacional reina. Desde entonces, y según expresión de Daniel Durand, «la dominación y el reparto del mercado mundial entre un pequeño número de "trusts" no ha cesado de ser el rasgo dominante de la industria petrolera moderna» («Politique pétrolière internationale», PUF).

En un punto, sin embargo, la dominación mundial del «cartel» iba a sufrir una modificación sustancial a lo largo del presente siglo: en el terreno de los precios.

El momento decisivo de ese cambio podemos decir que arranca de 1948, año en que Venezuela logra el famoso «fifty-fifty» con las compañías petroleras (el reparto al 50/50 de las rentas del petróleo), que al año siguiente produciría sus efectos en el golfo de Arabia. De la mano de ese hecho, la década de los cincuenta se configuraría como la fase de tran-

sección de una estrategia defensiva a otra de carácter ofensivo por parte de los países productores.

Ese bloque de factores haría posible, al final de la década, el Congreso de El Cairo (1959), en el que, por primera vez, se trazan unas líneas de cooperación entre los países productores de petróleo. En agosto de 1960, y en base a un cambio en la estrategia energética de Norteamérica, se produce una importante baja en los precios de los crudos (otra se había realizado dieciocho meses antes). Tal hecho cristaliza la ofensiva de los países productores. En una reacción urgente, Venezuela, Irán, Irak, Arabia Saudita y Kuwait celebran la Conferencia de Bagdad del 15 de septiembre, de la que nacería la OPEP (Organización de Países Productores y Exportadores de Petróleo).

La década de los sesenta representa ya la fase de consolidación y ofensiva de la OPEP, que tendría un hito fundamental en su



Llaves de bombas de petróleo en una refinera de Kuwait.

la alianza no ha sido visible, no cabe dudar de la convergencia de intereses entre las compañías y los países árabes productores en la coyuntura actual.

En resumen, puede decirse que lo que realmente generó la pérdida de dominio de las grandes compañías petroleras en el terreno de los precios fue un desplazamiento del eje de los antagonismos desde las relaciones países productores/compañías petroleras hacia las relaciones países productores/países consumidores. La crisis energética de 1973 se desencadenará bajo este signo.

### Los beneficios de las compañías petroleras

Capitalizando la histeria occidental antiárabe y resucitando el fantasma medieval de la penuria, las siete grandes del «cartel» internacional del petróleo montaban en los últimos meses de 1973 una de las más vastas operaciones de rapiña a escala mundial que se conocen en la historia reciente del capitalismo. La principal base del saqueo planeado la constituía la revalorización de las reservas, cuidadosamente acumuladas. A partir de ahí, se trataba de montar la operación soborno, a fin de asegurar la subida de precios de la gasolina y demás productos energéticos derivados. Un buen botón de muestra al respecto lo ofrece el caso italiano.

El volumen de «negocio» conseguido por el «cartel» del petróleo en la fabulosa operación puede estimarse partiendo de los beneficios logrados ya en los meses anteriores a la crisis. Según Barry Rubin, «las cifras oficiales de las compañías demuestran que en 1973, antes de comenzar el "boicot", los beneficios de la Exxon superaban a los de 1971-72

en un 80 por 100; los de la Mobil, en un 64 por 100; los de la Gulf Oil, en un 91 por 100; los de la Standard Oil de Indiana, en un 37 por 100... No era más que el principio» (Revista «Afrique, Asie», número 47, enero de 1974).

Además, los oligopolios americanos del petróleo esperan conseguir otros importantes objetivos a medio plazo con el alza del precio del petróleo, éstos ya con cargo específicamente al pueblo americano. En la medida en que se encarece el petróleo, se hace rentable la explotación de nuevas materias energéticas en los Estados Unidos, gas natural sobre todo, del que USA posee el 72 por 100 de las reservas estimadas del planeta. Pues bien, ahí se localiza otro de los formidables capítulos de beneficios de las compañías: las sustanciosas subvenciones gubernamentales para la investigación y desarrollo de los yacimientos de gas natural. Según datos oficiales, las subvenciones solicitadas sólo para la presente década se elevan ya a 20.000 millones de dólares, gran parte de las cuales pasarán inmaculadas de las arcas públicas a las de las compañías, que controlan territorios de Comercio ha descubierto hace muy poco que las reservas de gas natural declaradas por las compañías, que controlan territorios inmensos, son diez veces inferiores a las reales. Traducida la estrategia al lenguaje monetario, significa que las compañías cobrarán cuantiosas subvenciones estatales para «investigar» yacimientos de gas natural que ya tienen investigados y «reservados». Conociendo la infinita capacidad de los gigantes monopolios americanos para neutralizar comisiones estatales eficaces, así como su imbricación, casi institucionalizada, a los aparatos del Estado, bien puede calificarse de inminente el saqueo de la Hacienda

de norteamericana por el conducto descrito.

Los objetivos «caseros» de las grandes del petróleo no acaban, sin embargo, en los mencionados. Entre otros figuran: a) Conseguir el aumento del precio del carbón, en gran parte controlado también por ellas, así como la intensificación de la tasa de explotación obrera acelerando las cadencias de trabajo en las minas. b) Anular las reglamentaciones protectoras del medio ambiente (contra la polución, contra los desastres ecológicos, etcétera), vallas puestas por el Gobierno en virtud de la presión de la opinión pública en la última década para contener la voracidad esquiladora del gran capital. c) Fortalecer posiciones monopolistas, eliminando a los competidores más débiles en los sectores del carbón, del petróleo y del gas natural.

### El papel de Norteamérica

La actual crisis energética hay que analizarla, en sus más hondas dimensiones, en el contexto de la estrategia energética de la potencia capitalista hegemónica, es decir, en el clima del imperialismo capitalista y de las rivalidades desatadas en su seno.

Lo mismo que respecto a otras materias primas, los Estados Unidos pasaron de una posición petrolera autárquica a otra de dependencia exterior. En 1948, Norteamérica había pasado ya a la condición irreversible de importadora de petróleo.

Dentro de esa realidad inescapable, la regla de oro del Estado USA es una fundamental: reducir al mínimo la dependencia energética exterior. La autosuficiencia es una de las bases más firmes de toda política hegemónica. Otra cosa es que la burgue-

sía americana maximalice sus ganancias en el tráfico petrolero mundial. Lo esencial es que esa burguesía imperialista cuente siempre con una sólida base de poder organizado que la potencie y proteja a nivel mundial. Para lo cual, la independencia energética de los Estados Unidos es un pilar fundamental.

Desde esas bases se entiende la general congruencia entre la política exterior americana y los intereses mundiales de los grandes oligopolios americanos, así como la articulación de las estrategias respectivas.

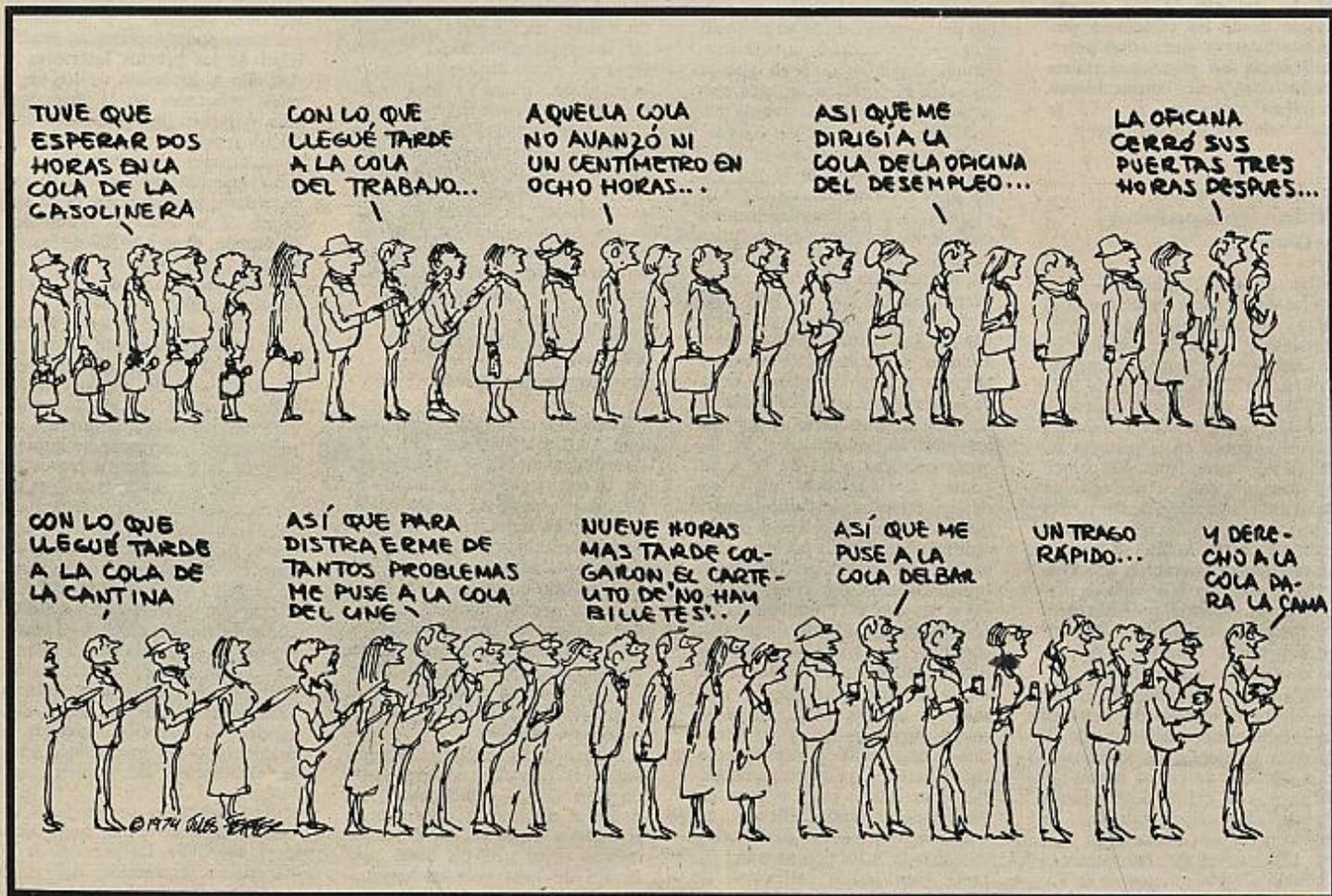
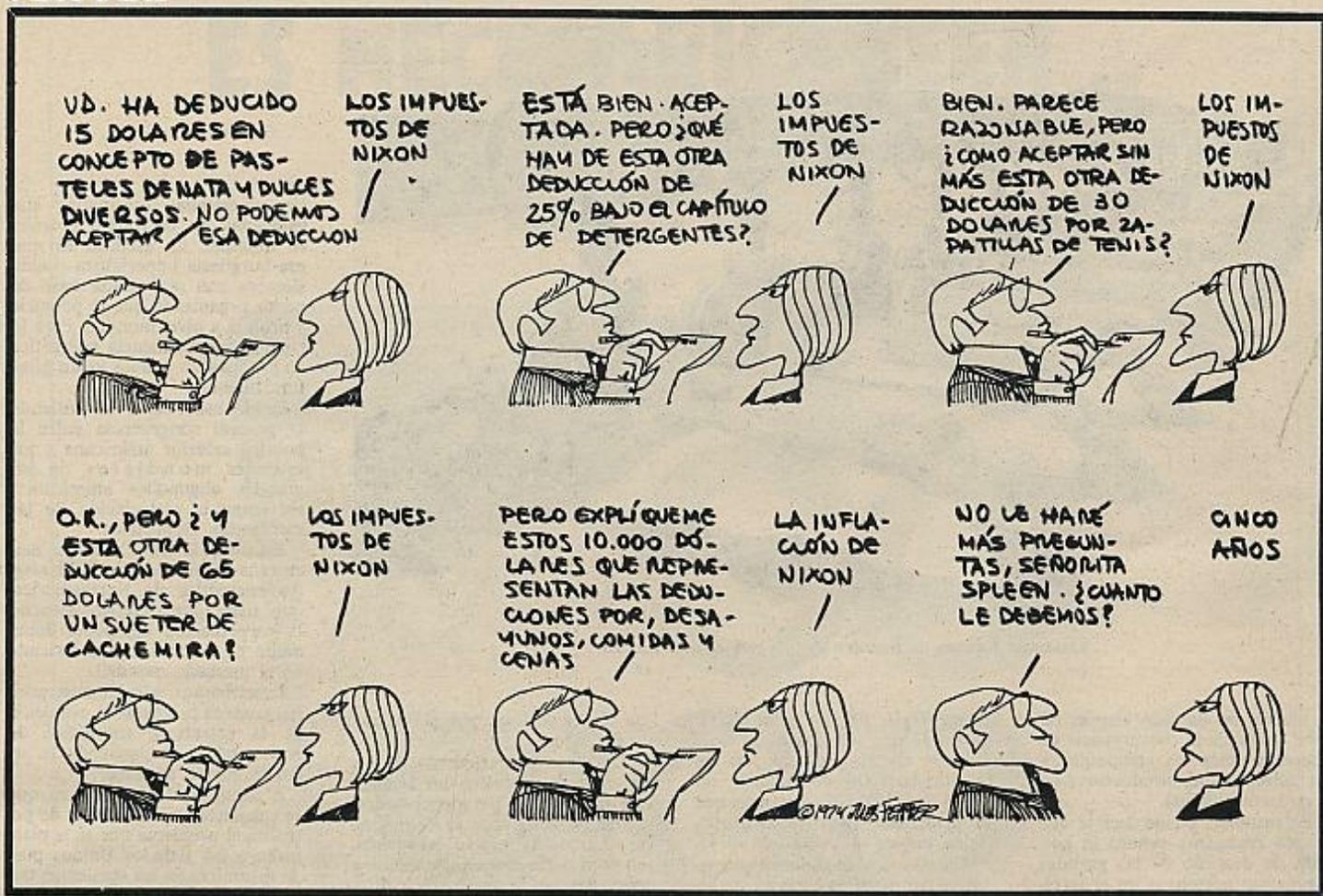
En suma, la crisis actual se entraña en función de la estrategia energética de Norteamérica, que tiene por objetivo esencial la perpetuación del papel dominante de la economía americana en el mercado mundial.

Describamos, para demostrarlo, los grandes rasgos de la evolución de la estrategia energética de Norteamérica a partir de la segunda guerra mundial.

A partir de 1948, fecha en que se convierte en importador de petróleo, el problema que se le planteaba a los Estados Unidos puede resumirse en los siguientes términos: impedir una invasión de petróleo exterior barato sobre el mercado interno. Sólo mediante esa meta podía lograrse la estabilidad de los precios interiores y con ello la inversión de los capitales nacionales en la investigación y desarrollo de nuevos yacimientos petroleros, así como de otras fuentes de energía. Para valorar este último aspecto, basta recordar que USA posee el 30 por ciento de las reservas mundiales de carbón, el 40 por 100 de las de uranio y el 72 por 100 de las de gas natural, amén de las reservas de petróleo de Alaska.

En una primera fase, Norteamérica logra proteger su mercado interior de petróleo por el procedimiento de imponer al petróleo mundial un precio artificial, más alto del que hubiera resultado del libre juego de la oferta y de la demanda, a través de un complicado mecanismo que tomaba como base el petróleo extraído del golfo de Méjico. Gracias a dicho mecanismo, toda subida en el mercado interno era en seguida repercutida sobre el precio del petróleo del golfo y, consecutivamente, sobre el petróleo del golfo de Arabia. El mercado americano del petróleo se guardaba así de una competencia exterior que hubiera hecho descender los precios internos y desalentado las inversiones para la explotación de nuevos yacimientos.

Esa estrategia se revelaría eficaz al cabo de una década (1948-1958). La presión de la baratísima extracción del golfo de Arabia fomentaba las importa-



## LOS MISTERIOS DEL PETROLEO.

ciones «salvajes» (incontroladas y a precios baratos), y las grandes compañías procuraban por todos los medios introducir petróleo bruto extranjero. La balanza energética norteamericana se hallaba así de nuevo amenazada. Lo que dará lugar a que en 1957 se estudie ya una nueva estrategia para la protección del mercado interior, que consistiría en el establecimiento de unos contingentes anuales de importación fijados por el Gobierno. Mediante tal mecanismo se pretendía aislar los precios internos de las fluctuaciones de los precios internacionales.

Será en el contexto del mercado mundial generado por esa nueva política norteamericana cuando —al dejarse la formación del precio internacional al libre juego de la oferta inmensa existente— se producirían las dos bajas de 1959 y 1960, la segunda de las cuales, según hemos sentado más arriba, provocaría la reacción de los países productores y el nacimiento de la OPEP.

La nueva estrategia cumpliría su función durante otra década aproximadamente (1958-1968). Para finales de los años sesenta, las nuevas condiciones pondrían de manifiesto su insuficiencia. Por una parte, la inflación, y, por otra, la escasez de nuevos yacimientos, habían privado a los precios interiores de su carácter estimulante en orden a nuevas exploraciones e investigaciones energéticas. A esos factores, cuya resultante era un estancamiento en la producción petrolera nacional, se añadía la creciente demanda interna, que hacía inservibles, por demasiado rígida, las cuotas de importación.

A Nixon le tocaría pechar con el nuevo reajuste de la estrategia energética. A tal fin nombraría, consecutivamente, dos comisiones de estudios, la segunda de las cuales, cuyas directrices serían las dominantes, elaboró un informe cuyo eje obsesivo era el siguiente: ningún reajuste en la política energética norteamericana sería eficaz, en orden a los fines hegemónicos perseguidos, en tanto el petróleo de Oriente Medio siguiese siendo tan barato. «El único medio de encontrar una solución duradera a la crisis energética sería permitir, si no provocar, el aumento del precio del petróleo de Oriente Medio» («Revue Française de Science Politique», diciembre de 1972).

Si tenemos en cuenta que esa

estrategia americana estaba ya en vigor en 1970 y lo ligamos al hecho de que precisamente en los tres primeros meses de 1971, en las Conferencias de Teherán y Trípoli, las grandes compañías petroleras no oponen resistencia a la subida de precios programada por los países productores, llegaremos a la conclusión de que esa triple convergencia de intereses respondía, en última instancia, a la estrategia de la potencia capitalista hegemónica, que se erige en la clave de la crisis de 1973.

De la misma manera se hacía muy visible a partir de 1971 que esa triple conjunción de intereses apuntaba su artillería pesada hacia un blanco muy definido: las economías de los países consumidores de Europa Occidental y el Japón, cuyas estructuras productivas estaban prisioneras de unas importaciones de petróleo que se elevaban al 80 por 100 de sus necesidades. Un observador lúcido como Taki Rifai anunciará en 1972 lo que sería la crisis de 1973: «Ante el nacimiento de una comunidad de intereses entre los Estados Unidos, los países productores y las compañías, en orden al alza de precios, los países consumidores —Europa y Japón— se encontrarían prácticamente desarmados, a causa de su dependencia casi total» («Revue Française de Science Politique», diciembre de 1972).

A la luz de los parámetros que acabamos de analizar, la crisis de 1973 se nos ofrece bajo la siguiente perspectiva sarcástica: tras la guerra árabe-israelí, los países productores, bajo el liderazgo de la Arabia Saudita, unida, en los términos que ya explicitamos, a la miniestrategia de Sadat, deciden las mayores alzas de precios conocidas en la historia del petróleo, ¡con el objetivo de presionar sobre los Estados Unidos, para que éstos presionen sobre Israel, para que Israel devuelva los territorios usurpados al pueblo árabe!

¡Conmovedora farsa!: los países productores de petróleo, al mando de la Arabia Saudita, criatura de Norteamérica (1), presionan a ésta implacablemente para que logre sus objetivos estratégicos.

■ JOSE ACOSTA SANCHEZ.

(1) El reino de Arabia Saudita surge en 1926, consolidándose sólo como tal gracias a la ayuda financiera de la Standard Oil de California, que consigue a cambio una concesión de terrenos en la península de Arabia que se elevaba a 900.000 kilómetros cuadrados.

# La Capilla Sixtina

## LA INGRAVIDEZ MENTAL

*Retorno de Serrat al seno de TVE. Tanta expectación había por esta reconciliación que hasta Encarna, antiteleviviva por principios y anticación de consumo por lo mismo, se me plantó en casa como quien dice con la silla a cuestas y la situó ante el televisor una hora antes que Serrat apareciera.*

—Pero, Encarna, si no te gusta la televisión y no te gusta Serrat.

—Es un hecho político.

Y no decía más. Encarna parecía concentrada, con la mirada anclada en la pantalla, con los siete u ocho sentidos que la naturaleza le ha dado ocupados en captar el instante mismo en que la cámara encuadrara a Joan Manuel Serrat. Ha aguantado todo el programa pestañeando lo mínimo. En cuanto ha acabado se ha relajado, liberado de su propia dedicación, con un ¡uf! que quería, más o menos, decir: misión cumplida.

—Pero, ¿por qué te lo has tomado tan a pecho?

—Cosas mías.

—Y mías, porque has utilizado mi aparato de televisión y mi piso para correrme una juerga mental.

—Don Sixto, me he tomado este programa como un ensayo. Quería comprobar mis propias emociones ante los tiempos que se avecinan.

—No entiendo nada.

—Hoy es Serrat, pero no le quepa la menor duda de que asistimos al comienzo de una escalada. Ya verá usted cómo antes que acabe el año don Salvador de Madariaga aparece en Todo es posible en domingo, y no acabará ahí todo. ¿Se imagina usted el día en que retransmitan en directo desde Carabanchel una conferencia de Moreno Galván sobre Picasso o desde Alcalá una actuación de

Elisa Serna? Hay que estar preparados. Es preferible irse entrenando como los cosmonautas.

—¿Por qué como los cosmonautas?

—Porque vamos a vivir en plena ingravidez mental.

No tenía nada a mano para anotar la frase, pero me he quedado estupefacto: Ingravidez mental, he repetido varias veces, como sólo puede repetirlo un hombre desbordado por el sentido de las palabras. Encarna era consciente del efecto producido por su sibilina afirmación. Columpiaba una de sus privilegiadas piernas sobre la otra y daba vueltas con dos dedos a unos amuletos que últimamente lleva colgando sobre la pechera. Desafío y victoria en sus ojos, esos ojos que me estudian y van apreciando el progresivo proceso de mi desconcierto.

—Encarna. Ten piedad con un agonizante. Díme qué quiere decir eso de la ingravidez mental.

—Que es una técnica nueva, don Sixto. Que se lo digo yo. A mayor gravedad física, mayor ingravidez mental, o bien: todo cuerpo sometido a un progresivo grado de atracción gravitatoria necesita como compensación un progresivo proceso de ingravidez mental.

—Y tú, ¿cómo te defiendes? ¿Cómo te parapetas ante este asalto?

—Hoy he hecho la primera prueba. Mientras cantaba Serrat, iba repitiéndome: No es Serrat. No es Serrat. Es Manolo Escobar.

—¿Y qué?

—Lo he conseguido.

—Pero, ¿y el día en que aparezca don Salvador de Madariaga en Todo es posible en domingo?

—Para mí, como si saliera Giménez Caballero. ■

SIXTO CAMARA